



Lo señalaron: es el fontanero. Yo me acerqué a él por gusto a esa palabra y no por el sentido que tiene el título en estas tierras, con derecho a distribuir a su antojo el agua racionada. Pero no fui yo quien encendió la mecha. Aunque me le acerqué bastante como algunos dicen y hasta llegué a tocarlo (hay testigos para todo, siempre hay alguien sin escrúpulos que cuenta la verdad: la imaginación se va apagando y ya nada queda para el pobre).

Fontanero y todo, parece que alcancé a tocarlo como dicen los testigos. Pero no fui yo, insisto, quien encendió la mecha: ni siquiera estuvo en mí la idea del estruendo.

Fontanero: un hombre respetable en apariencia, alguien digno de habitar este pueblo tan lleno de respeto por las hojas caídas, por los perros hambrientos, porque ya se acaba y por aquél que también espera su fin pacientemente: el ser humano.

(El cementerio tiene tumbas de colores. Las casas de esta zona del mundo son de barro: mientras estamos sobre la tierra nos conviene confundirnos con ella).

El fontanero en cambio era el único despolvado en este pueblo, algo insultante.

Piedra, polvo y piedra, todas las calles trepan hasta la mancha de luz que es el mercado. Arriba, el fontanero resplandece de limpio con su camisa blanca y sus dientes de oro y sus bigotes. Por abajo andamos nosotros acarreando baldes de agua desde el río que ya empieza a secarse.

Esto ocurrió un domingo y pasó una semana.

Yo no encendí la mecha ni tuve participación alguna en el estruendo.

El estaba limpiito de pie en el atrio del antiguo convento y yo tan sucia como siempre, polvorienta, y en la punta de los dedos todavía fresco el añil con el que había estado pintando las paredes (mi casa es de adobe como todas, la pintaba lentamente de añil para aplacarla: quería un poco de azul para imitar al agua). (Y si más de un testigo dice que lo toqué, pues lo habré tocado. Aunque yo siento que fueron las manos de él sobre mi cuerpo y no la viceversa inadmisible).

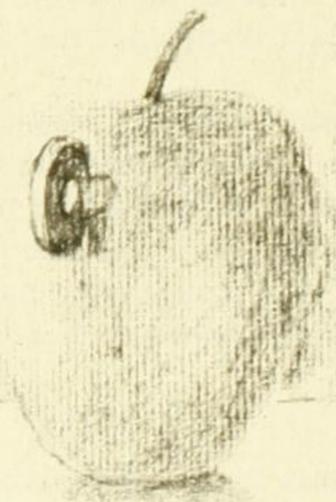
Fue el Domingo de Ramos para ser más exacta y él estaba en el atrio calculando ganancias. Un fontanero infame, no lo dude: por cien pesos dejaba que desbordaran los tinacos de los ricos y a los vecinos que los partiera un rayo. Era la araña en la red de tuberías, Dios en el mundo subterráneo de desagües.

(Y pensar que con sólo mover un dedo, con sólo sacudirse el manto de codicia y abrir con generosidad las válvulas podría haber apagado la sed de todo el pueblo).

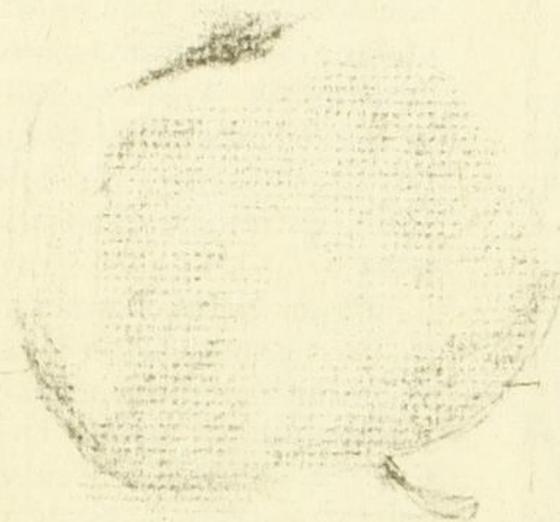
Sobre el pecho le quedó una mancha azul ese domingo —el Domingo de Ramos— casi oculta bajo la camisa blanca, eso fue todo.

Y pasó una semana:

Lunes- Le llevé diez pesos habidos no les digo cómo y



Dibujos de Marta Chapa



Martes-

conseguí que de mi propia canilla manara agua suficiente como para que no murieran de sed mis tres pavos ni la puerca del vecino. Se habían ido los turistas y no conseguí ni un peso. Pero por esas cosas de la naturaleza humana (débil, débil!, débil!!) obtuve de él que manara más agua. Me lavé los calzones.

Miércoles-

Seguí pintando de azul el frente de mi casa en silencio absoluto. Al caer la tarde lo fui a ver un ratito. El fontanero tenía ya los dos brazos azules, el pecho y parte de la espalda.

Jueves
Santo-

Esperamos vanamente en el atrio la representación de la Última Cena. ¿Habrá faltado el agua aún para este humilde simulacro del pueblo? La idea no fue mía, fue de uno que se apeó del caballo frente al portal y dijo: Aunque sea la última, después de esta Cena hay que lavar los platos ¿Con qué agua? No hay diversión, hermanos, pueden volver a sus casas.

Viernes
Santo-

Fue el Via Crucis de todos como es lógico, con procesión y rezos y los labios resecos, la piel resquebrajada. (Pasan los ricos, los de las casas altas. Cambian a escondidas sonrisas con nuestro fontanero. Las bolsas de él están repletas y los ricos tienen las albercas llenas, toda el agua que quieran. A nosotros

Sábado
de
Pasión-

no nos queda ni una gota de humedad para las lágrimas).

Quietud en todo el pueblo y en mi vida. Al fontanero sólo le quedan la mano izquierda, la cara y un testículo del color de su carne. El resto ya es añil, no me explico cómo. Sólo los niños andan hoy por el pueblo y los perros como cueros resecos estaqueados sobre sus cuatro patas.

Desde mi ventana vi llegar el camión con los judas, diablos rojos con cuernos, y confieso que me dije: nuestro judas es azul, le tenemos más miedo, no es de papel maché, no está hueco por dentro: tiene una mala entraña.

Ví también sin mirar demasiado cómo a cada muñeco le clavaban cohetes en la panza, le pasaban una ristra de cohetes por el cuello y dejaban las mechas en los cuernos. (Pero una cosa es ver y otra muy distinta es pensar en aplicar lo visto).

(Lo vieron todos ellos, lo saben desde hace cuatro siglos mucho mejor que yo, llegada de tan lejos aunque soy solidaria. Les juro que no fui yo, no caigan en el error de siempre: señalar al extranjero aún en son de bendecirlo).

(El color de tu casa, me dijeron después, y yo me alcé de hombros: el color de *su* tumba).

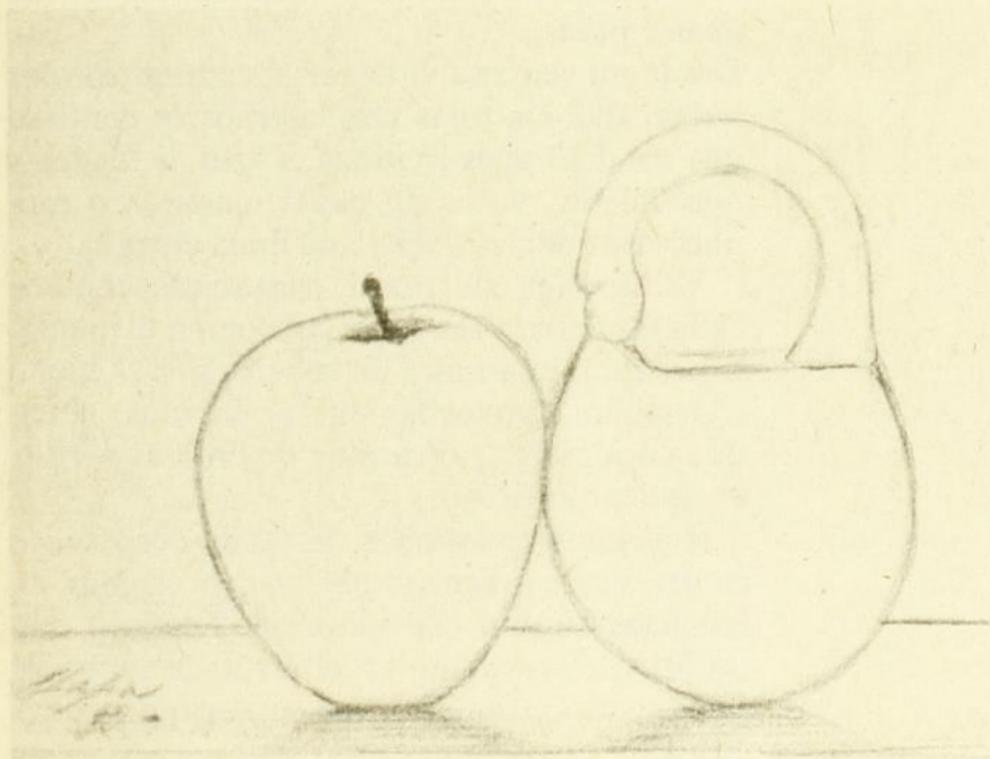
Y a las once de la noche llamaron a misa con matracas.

Domingo
de
Gloria-

A medianoche, desbocadas campanas: ni que el pueblo conservara tantos bríos. A la una hubo suelta de bengalas y a las dos y media se largaron las primeras lluvias poniendo fin a los largos meses de sequía. ¡Qué visita aplaudida, qué remanso! A él por fin ya no lo necesitamos... (Llovió toda la noche, llovió por la mañana hasta misa de once y el pueblo en el convento agradeció al cielo lo único que el cielo tenía para darles. Y rezaron de rodillas mostrando con orgullo las plantas de los pies ensueladas de barro).

El sol reapareció a mediodía sin haberse enterado de la gloria. ¿Y creen que en la sofocante maraña de vapores pude haber juntado fuerzas para gestar la idea? ¿Entre el calor infernal y el estampido de cohetes? En la plaza del mercado los judas de papel maché estallaban en mil pedazos, el mal se iba desintegrando y el pueblo lo sabía, estaba alegre.

A las cinco de la tarde arreciaron los cohetes y comenzó la fiesta. Corrí hasta el mercado para ver a los hombres del pueblo bailando entre parvas de plátanos y mangos, entre los puestos de sandías y de ollas de barro. Colores deslumbrantes reluciendo como las hojas de los árboles lavadas por la lluvia. Estuve a punto de ponerme a brincar con los del pueblo vestidos de señores: túnicas de terciopelo, sombrerones bordados, puntillas y oropeles, máscaras de hombre blanco con barbas puntiagudas, guantes blancos. Quería festejar con ellos el reencuentro, integrarme a su música de bronce. Comunión



con el pueblo hasta que vi ahí no más al fontanero (hijo de la chingada).

De pie sobre la fuente en medio del mercado. De espaldas, buscando con la vista (buscandome a mí, casi seguro), ya vestido de azul, completadito. Azul sobre la fuente reseca el fontanero. Eso fue demasiado, y aunque mi tarea no estaba terminada —la mano izquierda, el rostro y un testículo— no pude contenerme y huí despavorida. Al verme salir corriendo las caras inexpresivas de las máscaras con ojos (¡dónde se habrá visto!) siguieron mi carrera. Y él tan añilado, irreverente.

Con mis últimos pesos compré pintura blanca (la morada es más imperiosa que el estómago: no quería una casa color de fontanero, quería una casa pura).

Reventaban los judas en la plaza y al ritmo de cohetes daba yo mis brochazos y mi casa de electrizado azul iba perdiendo fuerzas, se volvía celeste y transparente. Llevaba casi toda una pared pintada en esa forma cuando oí el estallido como de dinamita, un cohete gigante.

Hubo un compás de espera, un suspenso en el aire y vinieron jadeantes a darme la noticia:

Había sido él el gran judas, casi el verdadero.

Cuando llegué a la plaza el baile se había detenido y las máscaras miraban con ojos inhumanos. Allí estaba el fontanero azul despanzurrado, clavado en la punta más alta de la fuente.

(¿Un cartucho de dinamita metido en la bragueta o un puñado de cohetes en el ombligo?)

Eso sí, *no fui yo quien encendió la mecha* como pueden comprobar con sólo leer mi declaración atentamente.

Tenía, era lo extraño, la cara de mi color celeste transparente también una mano con la palma hacia arriba. Juraría que además un testículo se había vuelto celeste, pero voló con las tripas y jamás pudieron encontrarlo (las tripas salpicaron un poco a los de las casas altas que estaban a un pasito, no más, sentados a las únicas mesas con mantel en medio de la plaza, entorpeciendo el baile, sorbiendo dignamente sus refrescos, luciendo sus camisas bordadas o sus vestidos largos. Los salpicó un poquito pero ellos se pusieron de pie con expresión de asco y alejaron a sus dorados niños del infausto espectáculo).

Yo en cambio me quedé allí a esperar el milagro: de la panza agujereada de este judas manaría siempre agua.

Los nativos del pueblo como ocurre a menudo no pretendieron tanto. De la panza agujereada manó sangre sin sorprender a nadie pero alegrando a todos. Y los enmascarados metieron las manos enguantadas de blanco en esa sangre y se lavaron las máscaras tan blancas que cubrían sus rostros.

Sangre de fontanero: símbolo de agua. Abluciones perfectas.

Después quisieron llevarme en andas. Me amaron y me odiaron y gritaron mi nombre, y yo tan inmerecedora, tan abandonada mientras el fontanero azul se vuelve rojo y ya ni su color me pertenece. **J**